

EL AMIGO DEL PUEBLO;

PERIODICO LITERARIO Y POLITICO.

(1.º SEMESTRE.) LIMA, SABADO 27 DE JUNIO DE 1840. (NUMERO 40.)

EXCUSATIO NON PETITA ETC.

Hemos leído en el *Comercio*, número 332, un artículo de la *Verdad Desnuda* en que D. A. J. Irisarri justifica al Gobierno del Ecuador de la sospecha que algunos han concebido de que quiera intervenir en los negocios del Perú, escudando con su nombre y las tropas de su ejército, a los obtinados enemigos de nuestra paz, refugiados en Guayaquil, en la loca empresa en que no han dejado todavía de soñar, de volver al mando, que perdieron irreparablemente por falta de derecho, de juicio y de valor. D. A. J. Irisarri nos asegura de que es un rumor sin fundamento. Le debemos las gracias por el cuidado que toma de la quietud de nuestro ánimo. Mas, ¿de qué modo y por qué motivo ha podido inclinarse a un acto de tanta bondad? Y ¿quién le ha dado una misión tan humana y caritativa? A fe de hombres que tienen mundo que la cosa nos parece poco natural. La imputación no se dirige a D. A. J. Irisarri, ni al círculo al que pertenece. ¿A qué viene, pues, su disculpa? El Gobierno del Ecuador ¿no hubiera podido manifestar sus altas disposiciones por medio de la *Gaceta* de Quito; o por el de la *Balanza*? Hay algo farisaico en el tono y las palabras de D. A. J. Irisarri. El SEÑOR hubiera dicho: *No creáis sino en sus obras.* En la *Verdad Desnuda*, ¿no pudiera encerrarse una mentira? Y aunque lo que puede creerse que lo sea, no lo fuese, ¿una verdad como aquella de que se trata, tendría visos de verdad, hallándose en aquel papel?

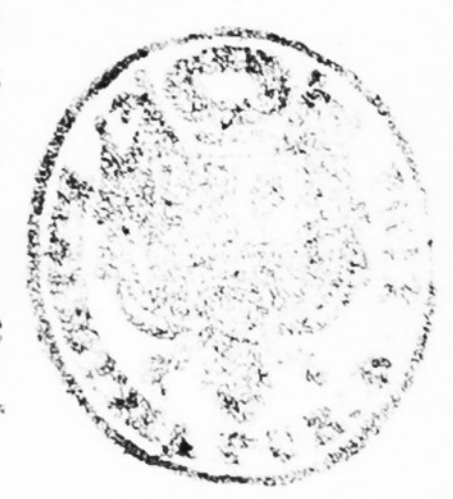
Sin embargo, D. A. J. Irisarri nos paga y quiere convencer con razones. Sería falta de cortesía dejarlas sin contestación.

La primera es, que en el Ecuador no se observan en este momento preparativos de guerra. A este propósito debemos decir todo lo que pensamos. Y desde luego prevenimos a nuestros lectores que el fondo de nuestra opinión es que el Ecuador no quiere hacernos la guerra.

Lo único que queremos demostrar se limita a que las razones con que D. A. J. Irisarri se esfuerza en persuadirnos que es así, no tienen valor alguno; y que al contrario es un indicio muy poderoso a favor de la opinión opuesta el empeño con que él aparenta combatirla.

El Ecuador no tiene hecho ningun preparativo de guerra. Y ¿qué mayor preparativo de guerra contra el Perú pudiera hacer el Ecuador que tener todavía en su seno y a su disposición toda la fuerza revolucionaria del partido enemigo de aquel país? ¿Quién puede dudar de que la parte mas activa y principal de aquella guerra, en el caso que tuviese lugar, tocaria a los valientes de la *Confederación*? En concepto de D. A. J. Irisarri, los restos de aquel tan famoso Imperio: *reliquias Danaum*; ¿deben considerarse en menos que algunas reclutas que pudieran añadirse a los modestos escuadrones del antiguo jeneral de Colombia? ¿Preparativos de guerra! ¿No es pequeña la equivocación de D. A. J. Irisarri! ¿Se habla acaso de la Gran Bretaña? ¿No bastarian veinte y cuatro horas en el Ecuador para pasar en revista y poner en marcha a un ejército que el día antes no ecsistia? Y ¿no entraria tambien en el cálculo de D. A. J. Irisarri el aumento progresivo de las fuerzas de los suyos, con las de sus supuestos amigos ecsistentes en el Perú? Hablaremos breve y sin disfraz. Creeremos al Ecuador desarmado para nosotros, cuando su Gobierno haya disuelto el club de Guayaquil, y no parezca ya necesaria ni útil a sus miras, en concepto de nadie, la defensa gratuita que le hace D. A. J. Irisarri. Mientras que así no suceda, la existencia del dicho club en el territorio de aquella república será siempre a nuestros ojos como un arma prohibida en el bolsillo de un habitante de un país bien ordenado.

El segundo argumento del autor de la *Verdad Desnuda* se funda sobre la je-



nerosidad del Gobierno del Ecuador que teniendo que hacer reclamos al Perú, se ha abstenido de hacerlos porque no se creyese que queria sacar ventajas de las dificultades en que se halla su vecino. No podemos creer que este sea el modo de pensar del Jeneral Flores. Por el discurso de D. A. J. Irisarri, quien no conociera el Ecuador y el Perú, compararia á este último á un infeliz mercachifle en bancarrota, y al primero á un ricohombre lleno de compasion y humanidad que perdona á su deudor la pena de la *carceleta*. ¿Por qué no tendria bastante confianza el Gobierno del Ecuador para manifestar al nuestro todas sus ecijencias, cualquiera que fuese el estado en que aquel pudiese hallarse? Habrá tenido realmente D. A. José Irisarri la intencion de ocultar el verdadero sentido de sus palabras, que no es mas en el fondo que una amenaza?

En tercer lugar, D. A. J. Irisarri, para demostrar la improbabilidad de que el Ecuador ayude con las armas a los revolucionarios peruanos en Guayaquil, se funda en la moderacion de su Gobierno, en cuya politica *no ha entrado jamas el espiritu de intervencion*. Jamas, es dificil demostrarlo: y si no, allí está el Jeneral Blanco, que recibió las promesas mas esplicitas y positivas de la cooperacion del Jeneral Flores en la guerra contra Santa-Cruz; y si entonces quedaron burladas las esperanzas del Jeneral Chileno, por cierto que no fue por su culpa, porque, como el dice, él es un *caballero*. En cuanto al otro jeneral, habrá tenido sus razones para obrar de un modo diferente del que habia hecho esperar: *Prudentis est mutare consilium*: mas, esto mismo debe demostrar a D. A. J. Irisarri que no hay que fiarse en lo que él llama *politica de un Gobierno*. Esta *politica* puede mudar a cada rato como los colores del camaleon; sobre todo en Sud-América. Y ¿no ha mudado tambien el Ecuador en el modo de conducirse con los refugiados de los paises vecinos?

El Gobierno del Ecuador *ha acreditado su moderacion*. ¿Quién dice que no? Mas hasta ahora el Gobierno del Ecuador ¿hubiera podido seguir otro sistema que el de la moderacion con sus vecinos? ¿Sus negocios interiores no lo han ocupado continuamente, y al puuto de no permitirle ninguna empresa exterior? ¿No habrá sido esta quizá la causa de la mudanza de que se quejó el Jeneral Blanco? Y, por ver la cosa ha-

jo todos los aspectos, una mudanza toda opuesta, ¿no le seria indispensablemente necesaria, y no deberia adoptar el recurso de las nuevas empresas, en el caso que se le liciese temer muy de cerca el reventon de la mina entre los limites de su mando?

Por ultimo D. A. J. Irisarri habla del desafecto del Jeneral Flores al sistema de la *Confederacion*; y encuentra en aquel desafecto una seguridad a favor del Gobierno actual del Perú. Niñerías. ¿Qué importa a los enemigos de la paz que se altere el orden de uno u otro modo; sirviendose de este o de aquel pretesto; alzando bandera blanca o colorada, siempre que logren sus fines? Todo el mundo está convencido de que es imposible que vuelva a asomarse la ridícula máscara de la *Confederacion*. Mas, ¿quién se opone a que los que la llevaron vuelvan a presentarse bajo los auspicios de otra? ¿Seria acaso el Jeneral Flores?

Concluiremos. Las seguridades que ofrece D. A. J. Irisarri son consoladoras; su articulo es excelente; mas le falta el sello, y su mas importante garantia. El otorgarla depende solo del sobredicho Jeneral. Sin dejar de ser hospitalario, dignese ser prudente: proteja a los desdichados, sin permitirles que abusen de sus favores para forjar planes de guerras y revueltas. Sostenga el derecho público, mas respete el internacional. Entonces podremos creer en las palabras de D. A. J. Irisarri. Entonces daremos por completa la paz entre el Perú y Bolivia. Entonces el Jeneral Flores será el mejor amigo de ambas repúblicas; y consultando el bien de sus vecinos, habrá puesto el mejor cimiento a la estabilidad del suyo mismo.

EL VOLATIN.

Un jentio inmenso se habia reunido este dia en el circo de la plaza del Balon en Cadiz.

Es que este dia el señor José Antonio Jimenez, primer volatin de todas las Españas, habia hecho anunciar por medio de cartelés y a son de trompeta por toda la ciudad, que, recientemente llegado de Madrid, daria, despues de la siesta, una primera y brillante representacion de sus ejercicios de baile y volteo a caballo, representacion en la cual él y los primeros individuos de su compañia ecuestre, tendrian el honor de parecer ante el respetable público gaditano.

Y por mas pomposas que fuesen las promesas de los cartelés, ya se sabia que José Antonio y sus compañeros harian mucho mas de lo que prometian.

Así es que como acabo de decir estaba lleno el circo del Balon.

Ciertamente era un golpe de vista encantador el ver agitarse este mar de cabezas y despues ordenadas en primera línea en torno del vasto anfiteatro las mujeres mas hermosas de Andalucía, trigueñas agraciadas, con ojos de fuego, cabellera de azabache, contraste delicioso con la blancura de su tez, que la manta negra, indispensable traje de toda coqueta Española, hacia resaltar todavia mas.

Todas estas señoras tenian la sonrisa en los labios, tanto placer las prometia el espectáculo anunciado.

Sin duda que algunas de ellas hubiesen preferido mucho asistir a las hazañas de algun toreador, pero me complazco en creer que eran las menos, las mujeres de ajitaciones fuertes que palmean y prorrumpen en numerosos ¡valiente! a la vista de un caballo destripado o de un hombre derribado y magullado por el toro furioso. Pero se oye el sonido de las trompetas, se abren las barreras, y en esta multitud recién tan inquieta reina un profundo, un religioso silencio.

Ha empezado la representacion, los jinetes se suceden sin interrupcion en la vasta arena; a porfia se muestran mas audaces que los que los han precedido y cada uno de los diestros *cabalgadores* arranca a los espectadores los gritos mil veces repetidos de ¡valiente! valiente!

Absolutamente lo mismo que en una corrida de toros. Lo que no dejaba de lisonjear singularmente el amor propio del Sr. José Antonio y de sus compañeros.

Un redoble de sonatas de trompas anuncia la entrada de un nuevo volatin, y todas las miradas se fijan en él.

Es un joven de la mas hermosa figura, una sonrisa lánguida y que parece serle habitual, se asoma en sus labios. Indiferente al zuzurro aprobador que ha acojido su entrada, arroja sobre la asamblea una detenida mirada, despues dejando caer su cabeza sobre el pecho hace dar dos veces y con paso lento la vuelta del circo a su caballo.

El nombre de Manuel corre de boca en boca; Manuel es despues de José el volatin mas diestro de España.

Y se cuentan al oído como un amor burlado le ha lanzado en la carrera peligrosa que ha abrazado y en medio de saltimbanquis, él que procedia de una de las familias mas distinguidas de Madrid, pero cuyo nombre no habia parecido bastante ilustre al viejo conde de la Plata, para que se dignase emparentarse con ella dando a Manuel su querida hija, la hermosa Juanita.

Y sin embargo, se añade, ¡pobre Juanita! pobre Manuel, cuanto se amaban, cuan rápidos progresos habian hecho en poco tiempo sus amores, favorecidos por la servicial dueña de la joven, que Manuel habia sabido interesar a su causa por su generosidad!

Hacia apenas tres meses que se habian encontrado por la primer vez en el Prado, cuando se vieron separados para siempre. Manuel, que habia osado pedir al conde la mano de su hermosa querida, habia sido despedido con altanería, y la joven sacrificada al orgullo de un nombre vano, arrojada por el despotism paternal en los brazos del viejo duque de Villamayor, que su gracioso

soberano acababa de llamar al rango de gobernador de las islas Canarias, habia sido obligada a seguir a su esposo a Tenerife, sitio de su gobierno.

La repulsa del conde y el casamiento súbito de Juanita de poco no mataron a Manuel; pues se le quitaba así su bien, su vida, toda su verdadera dicha; por mucho tiempo se desesperò, si no de sus dias, al menos de su razon; mas el vigor de la juventud llegó a triunfar de la violencia del mal, y conoció él que para olvidar a su amor era fuerza abrazar en adelante una vida llena de fatiga y de actividad, que le tomase por decirlo así cuerpo a cuerpo y luchase continuamente con la exaltacion de sus pensamientos.

Primeramente pensó en sentar plaza de soldado.

Mas reinaba una profunda paz, y en verdad que de ningun modo podia convenirle el desdichoso *far niente* del militar en guarnicion.

Marino!

Pero hacia mucho tiempo que la España no tenia marina, y ¿qué es el espacio de algunos pies cuadrados en el entrepuente de un buque constantemente anclado para un hombre que la necesidad de accion consume y devora?

Deja a Madrid y vase a viajar.

Y aun esto no le sirvió de consuelo alguno; el recuerdo de Juanita y de su perdida ventura le perseguia por do quiera.

En Burgos halla la compañía ecuestre de José Antonio.

La víspera, en la representacion que habia tenido lugar en el circo, un caballo se habia caido saltando las barreras; el jinete que le montaba fue herido gravemente; se desesperaba aun de sus dias.

No se hablaba en Burgos de otra cosa que de esta catástrofe cuando llegó Manuel.

Entonces comprendió que esta vida azarosa y de peligros cotidianos podria sola variar la monotonía de su existencia y reemplazar para él los riesgos de la guerra a que voluntariamente se hubiese entregado, tan deseoso estaba de morir, ya que no podia extinguir su amor.

Fuese en busca de José, y le rogó le admitiese en el número de sus discípulos, y esto sin siquiera disfrazarle ni su nombre, ni el motivo que le inducia a tomar una resolucion tan estraña y tan poco en harmonía con su posicion social.

Ademas, ¿qué le importaba ya la crítica o la aprobacion del mundo, cuando hacia tanto tiempo vivia separado de él, al menos en el pensamiento, y qué necesidad tenia de justificar a los ojos del vulgo el partido que abrazaba? ¿la multitud le hubiese comprendido?

Ni se le ocurrió a José desviarle de su proyecto; le gustaba Manuel.

Y, como el señor Antonio era un hombre hábil, supo adivinar al instante que con aquel desprecio de la vida que el joven dejaba conocer en todas sus palabras, llegaria a ser muy en breve uno de sus mas intrepidos cabalgadores.

Efectivamente no tardó Manuel en justificar muy por encima sus esperanzas.....

En este momento aun los numerosos *vivas* que le habian acojido a su entrada en la arena, manifestaban bastante que la reputacion de valentía y de destreza del joven volatin le habia precedido en Cádiz.

Mas como he dicho, èl habria permanecido frio e indiferente a tan vivas pruebas de interes.

Acababa de dar por segunda vez la vuelta al circo, cuando un grito ahogado, que salió de la primera fila del anfiteatro, le hizo levantar la cabeza, y ver que se llevaba a una mujer desmayada.

Una ojeada bastó a Manuel para reconocerla.

Era ella, la duquesa de Villamayor, Juanita.

El duque, su esposo, se habia visto obligado a traerla a Europa a causa del desfallecimiento de su salud; desembarcados ambos en Cádiz la víspera, habia querido que asistiese para distraerse a la representacion dada por José y sus compañeros.

Y la desventurada Juanita no habia podido contener un grito de angustia y se habia desmayado al reconocer en el volotin saltimbanqui, a Manuel, su primero, su unico amor.

En cuanto a èl, habia detenido a su caballo frente al lugar de donde habia visto llevar a la mujer que no habia esperado volver a ver jamas. Los ojos fijos sobre este punto con una ansiedad horrible, permanecia alli inmovil y aterrado.

Pero como un desmayo de mujer es cosa mui comun en esta especie de concurrencias, el público que no podia comprender esta suspension súbita de los ejercicios, comenzó a murmurar altamente.

Lo que oido que fuè por el señor José, se acercó a Manuel, y aplicando un récio latigazo en las patas del caballo le hizo partir al son cadencioso de la música:

¡Anda muchacho! le dijo:

Oh! hasta entonces no habia comprendido Manuel todo el horror de su destino, toda la ignominia de su profesion: saber que la mujer que adora estaba cerca de èl, desfallecida, moribunda quizás, y no poder ir a socorrerla sin comprometerse y esponerla a la risa de la multitud, de esta multitud que rechina en sus oidos y pide a gritos que la representacion siga: fuerza le es sufrir el yugo que se le impone, obedecer a la implacable voz del amo cuyo látigo amenaza alzado tanto a èl como al caballo.

Lágrimas de rabia corrian por las mejillas del infeliz volatin.

Mas luego precisado a seguir el impulso dado a su caballo, por el escitante látigo, una suerte de delirio pareció apoderarse de èl a su vez; instó el rápido galope del caballo por cuyos flancos corría un copioso sudor, jirando con una pomposa celeridad en medio de este círculo de cabezas que le rodeaban, bien pronto recobró sus derechos a la admiracion de la multitud: un sin número de bravos se lo probaron.

Mas èl, nada veia, ni oía, jiraba, jiraba, jiraba siempre en medio del vasto anfiteatro; y a cada instante el galope del caballo era mas rápido, y los ejercicios del jinete mas audaces.

Los gritos de la multitud habian cesado, un mudo estupor tenia las miradas de los espectadores fijas en los movimientos rapidos de Manuel.

De repente un grito espontáneo salio de todos los puntos de la galeria. El caballo acababa de caerse, y el jinete rodaba en la arena.

Se apresuran a levantarle;

Estaba muerto.

Medicina casera.

[Continuacion del capitulo IX.]

FRACTURAS.

Fractura del brazo.

El brazo empieza en el codo y remata en la espalda; como no está formado mas que de un solo hueso, es facil conocer su fractura en el dolor, en la deformidad, y en la imposibilidad que tiene el enfermo de servirse de este miembro.

Desde el momento en que esté uno cierto que el brazo está roto, es menester hacer que el enfermo se sienta en un taburete o en una silla que no tenga espaldas; se cortaran sus vestidos para quitarselos; se cubrirá el brazo en el sitio fracturado con unos paños mojados en extracto de saturno o en aguardiente, y se tendrá el brazo sostenido por medio de una gran servilleta que se sujetará a lo largo del cuerpo del enfermo haciendo que el codo toque a la cadera, y que el antebrazo esté doblado y puesto sobre el vientre.

Fractura de la pierna y del muslo.

La fractura de la pierna se conoce en el dolor, en la imposibilidad de poderse mantener sobre ella, en la desigualdad del hueso de la pierna al pasar la mano por encima, y en la direccion del pie, cuya punta se va adentro o afuera, cuando el enfermo esta sentado o acostado boca arriba, y la pierna estendida.

La fractura del muslo se conoce lo mismo en el dolor, en la deformidad, y en la imposibilidad que tiene el enfermo de poder levantar la pierna, cuando está sentado o acostado: el pie presenta el mismo efecto que en la fractura de la pierna.

En todos los casos de fractura de la pierna o del muslo, o de ambos a la vez se deberá uno conducir de la manera siguiente:

Si se lleva la persona que tiene quebrada la pierna o el muslo, se tendrá cuidado de sostener todo el miembro fracturado, a fin de que no cuelgue; se acostará al enfermo en una cama o en cualquiera otra parte que esté llana y un poco dura; no conviene que sea en un catre porque se hunde mucho por en medio. Para quitarle las botas, las medias, y los demas vestidos, se cortarán; y cuando el miembro roto esté enteramente desnudo una persona cojerá con una mano el talon, y con otra el empeine del pie, y tirará despacio de la pierna hasta q' el miembro fracturado tenga con corta diferencia la misma longitud q' el miembro q' está sano, o la que tenia antes del accidente.

Luego que se haya alargado de esta manera, no soltará el pie la persona que lo tiene agarrado; y en este tiempo se pondrá al rededor del sitio de la fractura unas compresas mojadas en extracto de saturno, o en aguardiente, o en vinagre; despues se pondrá a cada lado del miembro roto una plancheta, o cualquiera otro objeto plano y firme de tres a cuatro dedos de ancho y bastante largo para que pueda llegar hasta la planta del pie y hasta lo alto del muslo.

Si fuese la pierna la que se hubiese roto, no es menester que lleguen estas planchetas mas que hasta la rodilla.

Estas planchas se sujetarán a los lados del miembro fracturado con tres cuerdas o cintas o con cualquiera otra cosa que se pondrá al rededor de las planchetas, empezando por atar una en medio, y luego otra en cada extremo.